

Juvenilia

Carlos Fonseca Grisgby

I

Sobre el sentimiento de lo sublime

Yo Yo y Yo.
Pero La Tradición.

Nunca se habló de este sentimiento de lo sublime:
ínfimo autor rodeado de un monstruo de mil libros.
Qué importan los océanos violentos
las montañas colosales el huracán o la tormenta
cuando hay bibliotecas.
Y peor aun: en ellas La Tradición.

II

Los poetas jóvenes

Hace poco éramos niños
cuando el llanto era el único baño
que nos lavaba la suciedad de existir.

Y sin embargo fue hace tanto.

La vida
no es tan breve.

Si me pesan los gestos
porque la mano ya no vuela en el aire

sino que se arrastra
llena de tinta que parece fango y lodo y noche
¿qué será de ella dentro de diez años?

Época dorada
en que las olas dicen cosas sobre nosotros
y todas las mujeres son más bellas que sí mismas.

No sé si algún día
la noche dejará de expandirse.

Mañana es un poema que aún no he escrito.

III

El sol entra por la ventana

Hay una nieve invisible sobre todas las cosas.

No hay cuatro estaciones.
Todas las estaciones se parecen al invierno
y esa, que mal llamamos invierno,
solo es la más parecida de todas.

Escribir es hacer invierno.

Ahora estamos en Septiembre
y la única diferencia con Enero
es que mi aliento
ya no puede
inventar
nubes.

IV

Vidas

Hoy estoy caminando de Charlesville a París.
Tengo las botas llenas de lodo,
mi pipa empieza a aburrirme.
Qué picazón en el pelo.

DETESTO el trabajo de contable.
Pero por otro lado estoy feliz.
Ayer estuve trabajando hasta tarde
en Le Récital des anges.

Ayer llegué a Londres.
Creo que a madre le enviaré un abanico
pero no estoy seguro.
De lo que sí estoy seguro
es del tabaco para la abuela.
Le va a encantar. Se pondrá muy feliz.
Oh dear Thomas Rowley,
qué idiotas son todos.

Qué vida tan vertiginosa he llevado yo.

Leyendo biografías.

Me pesan muchas juventudes
y ninguna es la mía.

SOBRE EL ACTO DE IMITAR A LAS PALOMAS

*La especie de locura con que vuela un anciano
detrás de las palomas imitándolas
me fue dada en lugar de servir para algo
Enrique Libn*

De la triste reminiscencia
de haber oído algún día
eufórico
el llamado de las cosas.

De haber creído alguna vez
que la noche era insondable
y que la mirada contenía
ciudades enteras
devastadas a veces
por otra mirada.

Qué poco sabía yo
del íntimo parecido que hay
entre un poema
y una herida.

Ahora, aquí, el papel:
cuya única defensa es su blancura
y su puerta que no existe
pero igual se abre.

ÚLTIMAMENTE ME AFANTASMO.

Estoy royendo el aire.

Me siento derrotado por el silencio.
Mis palabras antes se derretían en él; ahora se evaporan.
No sirve de nada buscar las formas anteriores al lenguaje,
volver al asombro primigenio del hombre
y en él asombrarse nuevamente.
Tiendo al silencio.
Tengo una fiebre antigua.
Habito una fábula desierta.

En conflicto con mi mano temblorosa
continúo con el poema.
Porque no hay otra manera.
Porque nunca la hubo
ni la habré.

A mí esto me fue dado en lugar de la ciencia,
el ajedrez o la incorruptibilidad ética.
Esto y una sombra que se alarga
indefinidamente
en dirección opuesta al sol.

Voy detrás de las palomas, imitándolas.
En eso consiste mi vuelo.
En eso el mudo batir de alas.

De alguna extraña manera
desde hace mucho tiempo
escribo este poema.
Sigo escribiéndolo.
Seguiré escribiéndolo.

Al final están todos los Carlos escribiendo este poema.
El niño que resolvía rompecabezas.
Yo.

El treintañero que desesperadamente
busca cómo reinventarse en la poesía.
El de cuarenta. El de cincuenta
y el espejo revelándole la escritura del tiempo en su piel.

Todos estos
y el Carlos que está mirando a la muerte
frente a frente
y el cadáver, debajo de la tierra,
en la claustrofobia de su tumba,
está escribiéndolo
y se le acumulan los manuscritos
dentro del ataúd
y no sabe qué hacer
con tanto poema.